

IDENTIDADES DISCRETAS

Mario Pecheny

Discretas son las personas que hablan o actúan con tacto o moderación, que se preocupan por no molestar a los demás; indiscretas son las personas sin tacto, que intentan saber con una curiosidad chocante lo que se trata de no develar. También se llama así a las acciones de tales personas. Son discretas las personas que saben guardar un secreto; indiscretas son las que revelan lo que debería haber quedado en secreto. Se califica asimismo como discreto a aquello que no atrae demasiado la atención ("el discreto encanto de la burguesía", "un vino con discretos aromas a frutos rojos"). Por último, al menos en este primer campo de significado, discretos son los espacios que favorecen el aislamiento y el misterio ("un rincón discreto").

En un segundo campo de significado, discretas son las partes de un todo caracterizadas por la discontinuidad. En matemática como en lingüística, los elementos discretos son físicamente distintos, desagregados, delimitables o separados (en sociales, ¿podríamos decir "alienados"?).

En el texto que sigue planteamos cinco hipótesis que nos parecen fecundas para estudiar los modos en que se estructura la sociabilidad de las personas homosexuales, cuyas identidades –insinuamos aquí– pueden ser calificadas de "discretas" según varios de los sentidos mencionados más arriba. Estos modos de sociabilidad se refieren tanto a las relaciones socio-personales entre homosexuales como a las relaciones con el entorno no-homosexual.

Las hipótesis son las siguientes:

- 1) La homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad y las relaciones personales de los individuos homosexuales.
- 2) Dado este secreto, los lazos de sociabilidad se estructuran según tres mundos definidos en función del conocimiento del secreto: el de aquellos que no saben nada, el de aquellos que están al corriente y el de los pares del mundo homosexual.
- 3) Las fronteras entre tales mundos son permeables y flexibles.
- 4) Los lazos personales establecidos entre pares homosexuales tienen consecuencias importantes para distintos aspectos del desarrollo individual como ser social (en términos de movilidad geográfica, acceso al mercado laboral, a círculos económicos y culturales distintos del original, etc.)
- 5) El desarrollo de un movimiento sociopolítico gay y la aparición del sida comenzaron a romper las fronteras entre los mundos.

El tema de la identidad homosexual, la estructuración de los lazos en distintos mundos y el impacto del movimiento gay y de la aparición del sida, fueron examinados en investigaciones previas (Kornblit et al., 1998; Pecheny, 2000a; Pecheny, 2000b). La cuestión relativa al peso de los lazos personales entre homosexuales como determinantes de la movilidad individual en términos económicos, culturales y profesionales apareció en el curso del estudio sobre los otros temas, pero es un aspecto sobre el cual no tenemos evidencia empírica sistemática.

1) *La homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad y las relaciones personales de los individuos homosexuales*

Tomamos aquí la definición de "homosexualidad" como la tendencia a buscar placer sensual mediante contactos físicos con personas del mismo sexo más que con personas del sexo opuesto.¹ No en todas las culturas existe la noción de persona homosexual ni todas las personas que tienen o han tenido relaciones sexuales con personas del mismo sexo se consideran a sí mismas homosexuales. Un individuo homosexual "identitario" es alguien que considera que el hecho de tener deseo y/o mantener relaciones sexuales y/o amorosas con personas del mismo sexo define en mayor o menor medida su propia identidad. Este reconocimiento es en principio ante sí mismo y puede ser asumido públicamente o no, y en distintos niveles.

La identificación homosexual no siempre es adoptada autónomamente. Por el contrario, desde su invención, dicha identificación ha sido atribuida en general de modo heterónomo, por parte de los diversos especialistas.² Es por ello que numerosos autores desconfían de esta categoría de origen médico para definir una identidad social, y prefieren por ejemplo el térmi-

¹ Esta definición amplia es suficiente para dar cuenta de prácticas que adoptan y han adoptado históricamente formas, identidades y sentidos múltiples. La definición es la de Dover (1982:13).

² La "identidad homosexual" es el producto de un conflicto entre la heteronomía que implica la taxonomía impuesta, y la autonomía de la reapropiación y redefinición, por ejemplo –pero no exclusivamente– en términos de la identidad gay. Si bien la crítica de espíritu foucaultiano diría que toda definición no hace sino poner límites a la pura práctica, estamos de acuerdo con el planteo de Jeffrey Weeks (1995), según el cual las identidades sexuales, especialmente las alternativas a la identidad hegemónica heterosexual, son "ficciones necesarias" que sirven de apoyo y dan un sentido de pertenencia útiles para asumir ante sí mismo y ante los demás una práctica conflictiva con los modelos presentados casi universalmente durante la socialización infantil y adolescente, y con los valores sociales predominantes.

no "gay", o ninguno (Butler, 1993; Foucault, 1993). En el presente trabajo, cuando hablamos de homosexuales nos referimos exclusivamente a personas que sienten deseo hacia las de su mismo sexo, sin intentar adoptar la apariencia física del sexo opuesto –como en el caso de las personas travestis–. El sustantivo y el adjetivo "homosexual" se utilizan de modo genérico, en tanto que los sustantivos y adjetivos "gay" y "lesbiana" se utilizan más precisamente para referirse a los individuos homosexuales que asumen con cierto grado de publicidad su orientación sexual.

En nuestra sociedad, la homosexualidad es una dimensión de la personalidad que constituye un motivo de estigmatización, discriminación y exclusión. Esta dimensión tiene dos rasgos que determinan su especificidad: por un lado, en general, la homosexualidad no es evidente ante los ojos de los demás, ya que se puede ocultar con relativa facilidad; por el otro, en principio no es compartida por el núcleo de socialización primaria, formado por la familia, amigos de la infancia, etc.³ (Con esto queremos decir que normalmente el niño o adolescente que desarrollará una vida homosexual se cría en un ambiente heterosexual.)

El primer rasgo, la no-evidencia, permite a los individuos manejar la información acerca de su sexualidad en función de los distintos interlocutores, espacios y momentos. En un contexto de discriminación de la homosexualidad, la capacidad de simular constituye un recurso de protección, del que carecen, por ejemplo, aquellos que poseen un color de la piel diferente de la norma, en un contexto racista.

El segundo rasgo, la no-comunidad de destino con su núcleo primero de socialización, plantea un problema particular a los individuos homosexuales. Esto los diferencia de los miembros de categorías discriminadas que for-

³ Nos parece interesante citar los datos de una investigación francesa realizada con los lectores (varones) de una revista gay de dicho país, destinada a conocer en qué medida el sida representa un factor que alienta la comunicación de la homosexualidad al entorno familiar y afectivo (Schiltz, 1994:49). Según esta investigación, la homosexualidad es desconocida por el padre en un 45% de los casos de los gays seronegativos y 27% de los seropositivos, por la madre en un 38% y 20%, por los hermanos en un 31% y 15%, por los compañeros de trabajo en un 37% y 25% y por los amigos heterosexuales en un 28% y 13%, respectivamente. Teniendo en cuenta que la muestra no es representativa del conjunto de los homosexuales (ya que estos datos corresponden a los casos de gays adultos, lectores activos de una revista gay y dispuestos a participar de una investigación sobre el tema), puede suponerse que los porcentajes de no-conocimiento de la orientación homosexual por parte del entorno afectivo de una persona son en promedio mayores.

man grupos sociales, como los judíos en un contexto antisemita. En este caso, por ejemplo, si un niño judío es hostigado en su escuela, muy probablemente encuentre apoyo material y afectivo en su familia y sus amigos cercanos. En cambio, un adolescente que va descubriendo su deseo hacia personas de su mismo sexo, y vive esta situación con angustia o temor, no sólo es raro que encuentre apoyo en su núcleo familiar y amistoso, sino que la angustia o el temor residen justamente en el eventual rechazo que pudiere surgir de ese entorno primario de otros significativos.⁴

Investigaciones realizadas en Argentina (Kornblit et al 1998) y en otros países muestran que en el proceso de formación de la identidad personal la relación con los otros significativos está fuertemente determinada por el modo de compartir o no la información relativa a la orientación homosexual. Esto que aparece en la adolescencia o juventud temprana prosigue en los distintos estadios vitales, incluyendo –si cabe– en lo que se refiere a la relación de las madres lesbianas o los padres gays con sus propios hijos biológicos o adoptados.

Independientemente de que a lo largo de la vida la mayoría de los individuos homosexuales dan a conocer a los demás su orientación sexual (lo que los anglosajones llaman el proceso del "coming out"), nuestra hipótesis es que la homosexualidad constituye un secreto fundante de la identidad y las relaciones personales de los individuos homosexuales.

Ahora bien, un secreto puede querer decir muchas cosas: es aquello que se calla, aquello de lo que no se habla, aquello de lo que se habla en voz baja o a espaldas de los demás, aquello de lo que no se debe hablar, aquello de lo que no se puede hablar... Lo que nos interesa subrayar aquí es que el secreto instituye lazos sociales específicos entre los que lo comparten y respecto de aquellos que no, pero que pueden intuirlo o alguna vez conocerlo. El secreto da lugar así a un tipo particular de interacción y de conflicto.

El antropólogo Andras Zempleni (1984), inspirado en Simmel, al analizar las formas de resistencia de los pueblos colonizados y/o primitivos que tradicionalmente estudia la antropología, llama la atención sobre el secreto, "una forma de resistencia mucho más general, simple y discreta [que los movimientos político-religiosos] [...]: el secreto es el medio más común del que se sirven los pueblos sometidos y los grupos oprimidos para preservar su identidad social y cultural (102)".

Para este autor, "es secreto, según la etimología, lo que ha sido separado y puesto aparte (*se-cernere*). El acto constitutivo del secreto es un acto de

⁴ Las experiencias típicas ligadas a las distintas formas de estigmatización han sido ampliamente analizadas por Goffman (1989:44-57).

rechazo que implica al menos dos seres –personas o grupos– ligados por una relación negativa: *el que detenta* el contenido puesto a un lado y el destinatario al que se apunta por dicho contenido negado [...] Salvo para la teología, no hay secreto en sí, sin blanco o destinatario al menos originario. Una vez consumada la separación, ¿en qué se transforma la sustancia puesta a un lado? [...] en algo oprimido, apretado, constreñido, es decir cargado de tensión. *Cargado de la tensión* del rechazo que ha instituido el secreto y que hay que mantener o preservar. El análisis de los actos lingüísticos relativos al secreto autoriza a distinguir tres modos de descarga o de regulación de dicha tensión interna, es decir tres modos que manifiestan *la tendencia incoercible del secreto a franquearse una vía hacia sus destinatarios*" (103). Como veremos más adelante, tales modos son la revelación, la comunicación y la secreción.

En una sociedad que discrimina a la homosexualidad, los individuos homosexuales pueden ser caracterizados como individuos "estigmatizables", según el término de Goffman (1989). A diferencia de las personas que presentan un estigma visible, las personas estigmatizables son aquellas cuyo estigma no es evidente a los ojos de los demás, pero puede llegar a serlo. Los sociólogos estudiaron las biografías de este tipo de personas en términos de gestión del estigma a lo largo del tiempo y en los distintos espacios sociales. En este sentido, la gestión de la comunicación y del secreto constituye un recurso fundamental del que dispone el individuo estigmatizable.

A pesar de cierta evolución, la homosexualidad sigue siendo en Argentina una práctica fuertemente estigmatizada. Por esta razón, los individuos homosexuales se reservan en general el derecho de decidir cuándo y a quién comunicar su identidad sexual. Los estudios hablan en este sentido de un proceso o momento típico de la biografía de los homosexuales. Es el momento denominado "salida del placard", en el cual el individuo deja de esconder su homosexualidad y comienza a exponerla públicamente.⁵ La salida del placard puede ser un acto voluntario, incluso político y reivindicativo, o puede ser impuesto por alguna circunstancia.

La cuestión del secreto es ilustrada por la expresión en inglés "closet", la cual resume la experiencia común de los individuos homosexuales, sin necesidad de atribuir esencia o universalidad alguna al homosexual en singular (Kosofsky-Sedwig, 1993). Lo que tienen en común tales individuos es una contingencia histórica: la de haber nacido en sociedades hostiles a la homosexualidad (calificadas de "homofóbicas"), que los obligan a permanecer –en

⁵ La expresión "salir del placard" es la traducción de la expresión en inglés "coming out of the closet", o simplemente "coming out". Un análisis de historias de vida de gays y lesbianas focalizado en el momento de la salida del placard se encuentra en Plummer (1995).

mayor o menor medida, por más o menos tiempo— ocultos en "el placard" en cuanto a su vida sexual y amorosa. Es necesario en este punto aclarar que no se trata de una dicotomía oculto-visible, sino de una gradación dinámica y permanente.

Posiblemente, la dificultad mayor que se plantea en una sociedad homofóbica no sea la dimensión puramente sexual de la identidad homosexual, sino su expresión pública como afecto, amor o compromiso. En efecto, incluso en sociedades o Estados intolerantes, las actividades sexuales *non-sanctas* pueden ser practicadas gracias al refugio de la oscuridad o de las paredes del cuarto. Lo que plantea mayores problemas es la manifestación de la homosexualidad como relación amorosa, cuyo reconocimiento social y político —bajo la forma del matrimonio entre personas del mismo sexo— parece estar aún hoy muy lejano. En este sentido, como señalan los testimonios en todas las investigaciones consultadas, la influencia de la discriminación se percibe más en el cercenamiento de algunos gestos cotidianos, por ejemplo la posibilidad de caminar del brazo en la calle o de besarse en público.

Si la sexualidad y las relaciones amorosas juegan un papel central en la génesis y desarrollo de toda subjetividad, en el caso de las personas homosexuales este papel está mediado permanentemente por el secreto, la observación y la auto-observación, que llevan a desarrollar un sentido de la ironía sobre sí mismos típica del humor homosexual, como del humor judío.

Como señalara Andrew Sullivan (1995), el modo predominante de interacción social respecto de la homosexualidad conforma un sistema "hipócrita", calificado así porque presupone y reproduce un doble estándar de juicio según se trate del espacio privado o del espacio público. Este sistema ha durado por lo menos un siglo. Sin embargo, como veremos al final del artículo, desde hace unos veinte o treinta años los cimientos de tal sistema están siendo debilitados a partir del desarrollo de un movimiento y una comunidad gays y del advenimiento de la epidemia de sida, factores que contribuyeron —por diversas razones— a sacar de la invisibilidad pública a los homosexuales y a la homosexualidad (Pecheny 2000b).

En el territorio argentino, desde la abolición del Santo Oficio en 1813, la legislación no prohíbe las relaciones sexuales consentidas entre personas adultas del mismo sexo. Lo único que se les pide a los homosexuales es su discreción. Como reza la Constitución Nacional de 1853, todo aquello que depende del orden privado de los individuos, en la medida en que no afecte el orden público, está permitido. Los problemas surgen cuando se transgreden los límites de lo privado y la homosexualidad se vuelve públicamente visible.

Desde el siglo XIX y durante casi todo el siglo XX, la discreción pública

es la característica principal de la mayor parte de los individuos homosexuales, quienes han debido llevar distintas vidas e identidades según los espacios y vínculos sociales. La situación es más difícil fuera de Buenos Aires y los otros centros urbanos importantes, ya que si los individuos homosexuales son visibles, a menudo deben asumir el papel de chivos emisarios o de personajes del pueblo; y si no, su doble vida puede implicar la migración hacia la Capital y/o el temor de eventuales chantajes.

Hasta los años setenta, la vida de los homosexuales transcurre en una relativa tranquilidad, interrumpida periódicamente por el acoso de la policía que se vale de los edictos para reprimir y extorsionar a los homosexuales en las calles (Sebrelli, 1997). Las detenciones durante veinticuatro horas de presuntos homosexuales, como también de las trabajadoras sexuales, constituyen una fuente de ingresos ilegales para las comisarías. Pero más allá del lucro, es difícil comprender la lógica de tales detenciones arbitrarias en tanto políticas disuasivas o represivas. Las detenciones y el temor de la revelación de la homosexualidad no son eficaces para impedir los actos homosexuales, sino para crear un contexto represivo que determina un tipo de interacción social favorable a la disociación de la sexualidad y el afecto, al privilegio del anonimato, a la búsqueda de la máxima eficacia en el levante, a la creación de códigos y subculturas, y al aprendizaje de la simulación (Pollak, 1993:186; Kornblit et al., 1998).

A partir de los años ochenta y el retorno a la democracia, la situación de los homosexuales empieza a modificarse. La liberalización política y la impronta dejada por el movimiento de defensa de los derechos humanos surgido durante la dictadura conforman un contexto favorable al planteo de reivindicaciones de nuevos derechos y el desarrollo de nuevos actores, como el movimiento de mujeres y el de minorías sexuales.

Como decíamos, el orden de interacción social constituido en torno a la homosexualidad sigue un doble estándar moral, que condena públicamente las prácticas homosexuales pero las tolera siempre y cuando ellas tengan lugar fuera de la mirada pública. Dicho brevemente, la sociedad parece tolerar mejor la sexualidad homosexual practicada en privado que el amor homosexual que se manifiesta públicamente. Esto puede interpretarse como si los no-homosexuales y los homosexuales hubieran establecido una suerte de pacto implícito en cuanto al estatus de la homosexualidad: la tolerancia social a cambio de la discreción y la invisibilidad.

Si la tolerancia implica el respeto de la libertad del otro, de sus maneras de pensar y de vivir, ella significa al mismo tiempo admitir la presencia del otro a regañadientes, la necesidad de soportarlo o simplemente dejarlo subsistir. La tolerancia no equivale pues a la plena aceptación ni al reconoci-

miento social. Sin embargo, ese mínimo de aceptación convenía, y aún conviene, a muchos homosexuales. En efecto, con un poco de discreción, una vida homosexual más o menos feliz puede ser vivida en el interior de los límites que impone la sociedad, a pesar de las complicaciones derivadas del hecho de mantener una doble vida. Este sistema de interacciones "hipócrita" sólo puede funcionar en la medida en que las personas espontáneamente estén dispuestas a practicarlo. Exige asimismo la demarcación de la homosexualidad en dos ámbitos separados, el público y el privado, y una sociedad que se encuentre cómoda con dicha distinción. Históricamente, homosexuales y heterosexuales cooperaron para cristalizar ese modo de interacción. Buscando evitar el riesgo de la burla y la discriminación que implicaría develar su sexualidad, los homosexuales aparentemente se contentan con que se les deje la posibilidad de conducir su vida sexual y emocional en privado. En el seno de sus familias, mientras se respeten las convenciones públicas de la discreción, los miembros homosexuales pueden integrarse sin problemas a la vida social. Como escribe Sullivan (1995:121), "son solteros empedernidos o viejas solteras, tíos divertidos o tías excéntricas, hermanos complicados, personajes del pueblo... Al cabo de un tiempo, cuando no logran conformarse a los modelos maritales esperados, una extraña pero resistente convención se crea a su alrededor, una reticencia tenaz a develar sus deseos y sentimientos, sus vidas interiores y sus esperanzas para el futuro. Más que 'no-personas', son 'semi-personas'; públicamente bien definidos (sharp), íntimamente opacos. La mayoría de la gente sabe de alguna manera que son 'raros', y se muestran perfectamente tolerantes con ellos. Pero no se dice nada explícito; no se abre ningún corazón, a excepción quizá de los momentos de gran estrés, de una inopinada o vergonzosa revelación o en ocasión de una partida precipitada o de una ruptura. Como tales personas cooperan a su propia evisceración psicológica, la barrera entre sus identidades es particularmente fuerte". Los no-homosexuales, por su parte, dejan espacios para los "excesos" de los homosexuales, en la medida en que éstos acepten no perturbar la paz social y la esfera pública.

Este modo de organización social (espacial y temporal) de las prácticas homosexuales repercute además en las modalidades mismas de la interacción homosexual, en cuanto a la seducción, a la vida en pareja y a la actividad sexual. A partir de los estudios sobre riesgos relativos a la transmisión del VIH, pudo conocerse en qué medida la discriminación y el contexto dificultoso del cortejo entre personas del mismo sexo alientan por ejemplo la toma de riesgos o la disociación entre sexo y afecto, entre otras prácticas sociales devenidas típicas (incluso clichés) de las relaciones homosexuales (Pollak, 1988 y 1993; Schiltz, 1994; Pecheny, 2000).

Como lo señalan los estudios efectuados en distintos países (Sullivan, 1995; Pollak, 1993), mientras unos y otros respetaban los límites entre lo privado y lo público, el sistema de discreción en torno a la homosexualidad pudo funcionar sin grandes sobresaltos. Las consecuencias principales de este modo predominante de interacción social, basado en la discreción y la hipocresía, en la formación de espacios de sociabilidad y en la determinación de sus dinámicas, son descriptas en los párrafos que siguen.

2) *Dado este secreto, los lazos de sociabilidad se estructuran según tres mundos definidos en función del conocimiento del secreto: el de aquellos que no saben nada, el de aquellos que están al corriente y el de los pares del mundo homosexual.*

Esquemáticamente, podemos decir que las relaciones personales de los homosexuales se estructuran en tres mundos entrecruzados, definidos por su posicionamiento respecto del conocimiento de la orientación homosexual: el de los que no saben nada, el de los que están al corriente y el de los pares del mundo homosexual. Estos mundos no sólo se cruzan entre sí, sino que atraviesan los distintos niveles que van desde lo privado-íntimo hasta lo más público-político.

El hecho de que exista un vasto mundo de relaciones personales formado por aquellos "que no saben nada" de la vida sexual y afectiva de una persona que les es en otros sentidos muy cercana, se explica por la situación de discriminación de la que es objeto la homosexualidad.

La discriminación puede ser ejercida directa o indirectamente. Es directa cuando una norma o actitud apuntan directamente a alguna categoría de actos o personas, o cuando distinguen arbitrariamente entre categorías. La discriminación es indirecta cuando una norma o actitud son de apariencia universal, pero sus efectos discriminatorios son sufridos exclusivamente por una categoría determinada de actos o personas (por ejemplo, según la norma vigente, el matrimonio entre un hombre y una mujer es universalmente accesible, pero sus efectos son discriminatorios únicamente para aquellos que aman a una persona de su mismo sexo). Por otra parte, la discriminación puede ser real o sentida. Es real cuando es efectivamente ejecutada, mientras que es sentida cuando el individuo, anticipándose a un rechazo, se autodiscrimina (Green, 1995). En materia de homosexualidad, la discriminación es importante bajo su forma indirecta y como discriminación sentida o anticipada. El miedo frente a la hipotética revelación de la homosexualidad opera como una causa eficiente de auto-exclusión y de vergüenza

personal. La anticipación de la discriminación favorece además los riesgos respecto del sida y otras ETS, impide el acceso a los servicios de salud y judiciales, y lleva al alejamiento del entorno afectivo.

Nuestro estudio empírico mostró que el mundo subjetivo (formado por el individuo frente a sí mismo), el íntimo-privado (formado por aquellos que cuentan afectivamente para el individuo) y el público-político, no son coherentes ni homogéneos respecto al modo de considerar la homosexualidad.

Las actitudes subjetivas son, por supuesto, muy diversas. Los sentimientos de los individuos son contradictorios y ambiguos, lo que entre otras cosas se explica por la socialización previa a la toma de conciencia de la homosexualidad. En la mayoría de los casos, los individuos saben y sienten que la homosexualidad es motivo de vergüenza, de burla, de exclusión, etc., mucho antes de saberse atraídos por personas de su mismo sexo. Luego, los sentimientos pueden evolucionar positivamente a lo largo del proceso de *coming out*, pero las ambigüedades no desaparecen nunca completamente. Además, la percepción personal de la discriminación social —percepción que está a la base de la discriminación anticipada— es muy fuerte.

En lo que se refiere a la familia, la discriminación sentida aparece como más fuerte que la discriminación real. Una vez superada la discriminación anticipada y/o revelado aquello que se encontraba oculto, la actitud de la familia generalmente es de aceptación o tolerancia, pero no siempre. Según los testimonios, la homosexualidad genera a menudo reacciones hostiles por parte de los miembros de la familia cercana, sobre todo del padre y de los hermanos. Las expulsiones de la casa, los silencios y las recriminaciones recíprocas son moneda corriente. Por esta razón, muchas veces la homosexualidad se mantiene oculta. En la mayoría de los casos, si la homosexualidad es conocida por la familia, la regla es no hablar de ello.

Respecto de los amigos, pueden establecerse tres casos típicos: aquellos homosexuales que participan de un mundo amistoso formado exclusivamente de gays y/o de lesbianas (y, en el caso de los homosexuales masculinos, de las "mujeres-amigas-de-gays"); aquellos que llevan una doble vida, cuya frontera se establece mediante el compartir o no el secreto respecto de la homosexualidad; finalmente, el caso, minoritario, de aquellos que se integran completamente en tanto gays o lesbianas a un mundo de amigos sin distinción de orientación sexual.

En cuanto a los vecinos y compañeros de trabajo, la regla general es la discreción y la tolerancia. Sin embargo, en algunas profesiones, la homosexualidad es percibida como un verdadero tabú. La idea predominante es que el conocimiento público de la homosexualidad de alguno significaría el fin

de su carrera profesional. Según los testimonios, éste es el caso de los docentes, militares, médicos, psicoanalistas, políticos, eclesiásticos, deportistas (hombres), árbitros, diplomáticos, jueces, policías, entre otros.

Un capítulo particular es el de los médicos y del personal de salud. Para las mujeres y los hombres homosexuales, la relación con los médicos generalmente es conflictiva, salvo que encuentren médicos "que entienden" específicamente la situación. Esto es particularmente importante, por ejemplo, para el control ginecológico de las mujeres lesbianas, o la prevención y el tratamiento de sida y otras ETS en varones homosexuales.

Finalmente, en el seno del mundo de aquellos que cuentan para el individuo, puede hablarse de los "otros indeterminados", de "la sociedad", la cual es percibida por los entrevistados como "claramente discriminatoria", "hipócrita" o "ignorante".

Los breves comentarios que acabamos de hacer muestran que la discriminación opera de modo diferente según los espacios sociales y según los interlocutores que están en interacción con los individuos real o potencialmente discriminados. Dicho fenómeno también se verifica en el mundo público y político propiamente dicho.

En el seno de la opinión pública, la mayoría se declara por la tolerancia, quizá sin un total convencimiento. El rechazo total y la plena aceptación de la homosexualidad aparentemente son actitudes minoritarias (Vujosevich et al 1997). El discurso políticamente correcto de los medios de comunicación, los intelectuales y otras voces autorizadas, no es uniforme, si bien desde hace algún tiempo la homosexualidad es objeto de un discurso liberal y de aceptación. En oposición a la discriminación directa, la idea considerada correcta es la "no-discriminación", la cual, por otra parte, está lejos del pleno reconocimiento.

Finalmente, hay que tomar en cuenta la ley, en tanto regulación jurídica de los comportamientos y en tanto mensaje que el Estado formula en dirección de la sociedad. En Argentina, la ley no habla de homosexuales o de homosexualidad. La desigualdad jurídica se deriva sobre todo del no-reconocimiento legal de las parejas de mismo sexo. En el curso de los últimos años, sin embargo, la aplicación de las leyes vigentes paradójicamente parece algo más favorable a los homosexuales que la letra de las leyes. En este sentido, hubo algunos casos de extensión, a las parejas y a individuos homosexuales, de algunos derechos y beneficios originalmente destinados a concubinos heterosexuales o a solteros sin precisión de orientación sexual (en materia de protección social, de adopción, etc.).

Dado este contexto de discriminación —real o ejecutada, y temida o anticipada— no es extraño que las personas homosexuales consideren conve-

niente mantener sus vidas sexuales y afectivas al resguardo de eventuales actitudes hostiles. En los testimonios recogidos en nuestra investigación (Kornblit et al., 1998; Pecheny, 2000a), el no comunicar la orientación homosexual parece ser la actitud más habitual de la mayoría de los homosexuales y ante la mayor parte de sus interlocutores.

El secreto de la propia homosexualidad se guarda con particular celo en los llamados ámbitos homosociales, es decir aquellos formados exclusivamente o casi por personas del mismo sexo. Ejemplos de este tipo de ámbitos son las bandas de adolescentes, las barras y los equipos deportivos, los parroquianos de un bar, o instituciones como las Fuerzas Armadas y las órdenes religiosas. Según varias investigaciones, tanto en la conformación de la identidad sexual individual como de la identidad grupal de los colectivos homosociales, la homosexualidad constituye un "exterior constitutivo" (Laclau y Mouffe, 1987), una diferencia cuya negación aparece tan importante como la afirmación positiva de la propia identidad. En particular, respecto de la construcción de la masculinidad en un contexto "machista", los autores afirman que la negación de la homosexualidad constituye un elemento tan definitorio como la conquista de mujeres.

La simulación, bajo la forma pasiva de la discreción o la forma activa del simulacro (apelando a signos "desidentificadores"), constituye un recurso de protección del que se valen los individuos estigmatizables. Esto no se da sin costos, como lo analizara Goffman. Por un lado, los individuos homosexuales, cuando se encuentran en ámbitos en los que su orientación sexual permanece oculta, pueden enterarse crudamente de aquello que "verdaderamente" se piensa acerca de los de su misma condición. Por otro lado, el denominado laberintismo "empuja al disimulador a internarse cada vez más en los meandros de la mentira, con el fin de prevenir una divulgación amenazadora" (Goffman, 1989:103).

Un segundo mundo está compuesto por "los que están al corriente". Éstos no necesariamente constituyen la mayoría de los miembros de los entornos sociales o familiares de un individuo homosexual.

Si bien es cierto que las relaciones personales cambian radicalmente por el hecho de compartir o no la información sobre la homosexualidad de una persona —justamente por ello distinguimos entre distintos mundos— debemos aclarar que los matices existen. En un extremo, al interior de los que están al corriente, se encuentran aquellos que "saben pero no hablan de ello" —un caso más que típico, según los entrevistados— y en el otro extremo se encuentran aquellos que a partir de su inclusión en el mundo más íntimo o privado hasta refuerzan sus lazos de confianza y apoyo.

En este mundo, la simulación disminuye o desaparece, aunque en gene-

ral se mantienen los códigos de discreción propios del orden de interacción del que hablábamos más arriba.

Finalmente, según los estudios, uno o más mundos de pares homosexuales han existido siempre. Lo que cambia históricamente es su grado de visibilidad (D'Emilio, 1983; Chauncey, 1994; Sebreli, 1997). Sebreli ilustra este fenómeno con la imagen de las "ciudades bajo ciudades". Tal mundo posee sus propios códigos de lenguaje y de comportamientos, incluyendo modos de vestirse o de mirarse en la calle. En términos tradicionales de la jerga homosexual, este mundo se denomina "ambiente", y está formado por "los que entienden", diferenciados de "los nada que ver" (Sívori, 2000).

En el transcurso de los últimos años, como en otras grandes ciudades, en Buenos Aires la existencia de una "comunidad gay" se acompaña de una organización económica, política y espacial homosexual. Si esta comunidad es más visible que las subculturas homosexuales de la primera mitad del siglo XX, no es menos cierto que ella más bien "se yuxtapone" a la vida social normal, en lugar de atravesarla.

Para Michael Pollak (1993:216-217), "la conquista de las libertades sexuales se hizo gracias al refuerzo de una sociabilidad específica e, indirectamente, de una segregación como la que indica el término 'ghetto' [...] En efecto, la liberación sexual, sinónimo —en el caso de la homosexualidad— de emancipación de una diferencia, se traduce en el establecimiento de un espacio privado del homosexual que, de alguna manera, se pone al abrigo de la mirada heterosexual. Por consiguiente, *la vida homosexual se distingue por fronteras específicas trazadas entre 'vida privada' y 'vida pública', que inscriben en todas las relaciones sociales la diferencia en las preferencias sexuales*. Así, muchos homosexuales tienden a ubicar las relaciones familiares ya sea del lado de la vida pública, representada por el trabajo y sus exigencias (*constraints*), ya sea en una zona intermedia, pero en todo caso fuera de lo que ellos definen, casi siempre, como su 'verdadera vida' o su 'vida privada' (el subrayado es nuestro).

En ciertos casos, en algunas subculturas gays, el modo de interacción lingüística está fuertemente pautado, incluyendo un vocabulario propio y una gramática específica. Un ejemplo, en lo estrictamente lingüístico, es "la jerga hablada por quienes se identifican a sí mismos como *locas* [...que] resulta de transformaciones claramente definibles operadas sobre las marcas de género del léxico del rioplatense estándar", hablando en femenino, tanto en primera, segunda, como en tercera persona, y refiriéndose tanto a varones como a mujeres (Sívori, 2000:1). Por otra parte, en contextos abiertos o indefinidos, se desarrollan "estrategias instrumentales de mostración u ocultamiento, destinadas a identificar cómplices pasando desapercibido para

quienes no comparten el código; lo que en el argot se denomina 'tirar plumas' (*idem*).

Los espacios físicos de sociabilidad homosexual están en principio ligados a los encuentros de seducción y sexuales: bares, lugares de levante, saunas, es decir espacios casi clandestinos. Esto plantea dificultades específicas para la constitución de un movimiento sociopolítico, que por definición aspira a ser público. A pesar de esta contradicción, la salida a la política y a la opinión pública por parte de las minorías sexuales se produjo en este tipo de espacios: en Nueva York, la primera asamblea militante a raíz del entonces llamado cáncer gay se produjo en un local de sauna (Bayer, 1989), en París fue en un bar gay (Pollak, 1988) y en Buenos Aires la creación de la primera organización pública homosexual, la CHA, fue decidida en una asamblea llevada a cabo en una discoteca (Jáuregui, 1987).

Ante la epidemia del sida, los lazos desarrollados en el mundo homosexual se revelaron como uno de los soportes materiales y afectivos principales para las personas viviendo con la enfermedad –inclusive las no-homosexuales–. Tanto en los países donde ya existían comunidades gays más o menos fuertes, como en nuestro contexto en que una comunidad comienza a esbozarse paralelamente al surgimiento del sida, es en el seno de las redes amistosas gays de donde surgen los primeros intentos de respuesta ante el avance de la epidemia (Altman, 1994; Pecheny, 2000a). Durante los años ochenta y gran parte de los noventa, cuando la estigmatización del sida era particularmente grave, las relaciones reticulares de amistad gay constituyeron, como las llama Pollak (1993), verdaderas "familias ampliadas" de las víctimas de la enfermedad.

3) Las fronteras entre tales mundos son permeables y flexibles

La adopción de distintos roles, la "doble vida", que parece caracterizar la vida de los homosexuales en un contexto discriminatorio, ha sido facilitada por el desarrollo urbano. Si éste permite la organización espacial y temporal (según horarios) de los vínculos sociales atravesados por el posicionamiento respecto de la orientación sexual, los límites entre los mundos recién descritos no son fijos ni infranqueables.

Como decíamos al principio, siguiendo a Zempleni (1984:104-111), el secreto –en tanto forma de relación social– está cargado de tensión y manifiesta una "tendencia incoercible" a abrirse paso. Este proceso se da bajo tres formas típicas: la revelación, la comunicación y la secreción, que Zempleni analiza en términos de pragmática lingüística.

La revelación ("decir", "divulgar", "traicionar", "confesar") implica un alivio brusco de la tensión que anula la separación y por consiguiente el secreto. Por ello, dice este autor, "ningún secreto puede cumplir sus promesas al revelarse" (104). En materia de homosexualidad, la revelación puede darse a partir de circunstancias fortuitas, o a partir de ciertos acontecimientos típicos: rumores, chantajes, *outings* (delaciones por parte de otros homosexuales), o a raíz de la infección por el VIH/sida, que actúa como una suerte de "revelador".

La comunicación ("confiar", "transmitir", "comunicar", "contar"), en lugar de abolir la separación, preserva el secreto pero alivianando su peso y tensión. La comunicación implica una elección y transforma el secreto en "soporte de un lazo social ambivalente" (104). A diferencia de la revelación, la comunicación del secreto se realiza a confidentes elegidos por decisión, quienes pasan a ser "depositarios" –amigos, íntimos, pares– distintos de los destinatarios excluidos. Lo interesante, dice Zempleni, es que "contrariamente a la creencia, [...] la proximidad social de los depositarios y los destinatarios es una de las condiciones corrientes de la comunicación del secreto. Lo transmitimos preferentemente a quien puede traicionarlo [...] Al confiarlo a otro, no le pedimos solamente que lo conserve intacto y nos alivie el peso de nuestro ocultamiento; le pedimos también que lo tome a su cargo y lo 'comparta', [...] defendiéndolo de su propia propensión a manifiestar [...] ante nuestros destinatarios –a partir de ahora– comunes (104)".

Por estas razones, la comunicación que inaugura el compartir el secreto puede tener como efecto el cimientamiento de un lazo social fuerte y ambivalente que se nutre de la tensión constante entre un adentro y un afuera.

Por último, Zempleni afirma que la "secreción" –"dejar escapar", "filtrar"– es sin duda el medio más corriente de regulación de la tensión y de la preservación del secreto y constituye su "propiedad más remarcable y paradójica" (106). El secreto parece no poder subsistir como tal sin mostrarse de alguna manera a sus destinatarios, mediante fragmentos o señales, lo que no significa que exista revelación o comunicación. "La función de la secreción es la de *regular* y *mantener* la tensión del secreto [...] Pues, en el fondo, el secreto se ve amenazado tanto por la disminución como por el aumento excesivo de su tensión" (106).

En conclusión, el mantenimiento de los límites del secreto –límites difusos, inestables, dinámicos– requiere un esfuerzo compartido por unos y otros. La invisibilidad homosexual no es un estado de equilibrio o de reposo, sino que implica un esfuerzo activo, sobre todo en los últimos años en que lo gay interpela cada vez más desde el espacio público a quienes no se enteran de las sexualidades o relaciones afectivas mantenidas en secreto.

4) *Los lazos personales establecidos entre pares tienen consecuencias importantes para distintos aspectos del desarrollo individual como ser social (en términos de movilidad geográfica, acceso al mercado laboral, a círculos económicos y culturales distintos del original, etc.)*

Como dijimos al principio, no contamos con evidencia empírica sistemática para sustentar esta cuarta hipótesis, pero la planteamos porque pistas que van en tal dirección surgieron del análisis de los otros aspectos. En síntesis, argumentamos aquí a favor del interés de explorar empíricamente en qué medida esta hipótesis es cierta.

La hipótesis según la cual, para los individuos homosexuales, los lazos personales establecidos entre pares tienen consecuencias importantes en términos de movilidad social, puede desdoblarse en dos afirmaciones: primero, que existe una solidaridad entre homosexuales, que los lleva a privilegiar los lazos socioprofesionales con sus pares; segundo, que dicha solidaridad atraviesa vertical y horizontalmente los clivajes y diferencias sociales.

Más allá del hecho de que cualquier tipo de red social tiene alguna influencia en cuanto a la inserción profesional de sus miembros, la primera afirmación se sustenta específicamente en numerosos indicios que hablan del apoyo recíproco entre quienes experimentan vicisitudes similares. No es difícil en este sentido que un homosexual pueda ponerse en el lugar de otro, en cuanto a ciertas experiencias típicas de la vida, y que lo "entienda". Además de esto, el lazo puede estrecharse a partir de códigos compartidos en la socialización homosexual, amén de intereses sexuales, afectivos o amistosos comunes.

La segunda afirmación es quizá la más interesante, y se resume en la idea de que los lazos personales entre homosexuales –incluyendo las relaciones de pareja y de amistad– son más exogámicos en términos de clase, de geografía, de edad y de estatus sociocultural, que entre el resto de las personas. Incluso, para algunos autores éste es el rasgo particularmente perturbador de la homosexualidad, la cual no respetaría los cánones establecidos de las relaciones sociales consideradas legítimas.

Esquemáticamente, si esto es así, si los lazos personales entre homosexuales atraviesan clases, edades y niveles socioculturales, no es extraño que individuos situados en algún punto más bajo de la escala social puedan ascender gracias al vínculo con otros individuos situados más alto.⁶

⁶ Esto vendría a ratificar la idea de que "dada la posición del sujeto en la estructura y la existencia de oportunidades, las relaciones personales pueden explicar los diferenciales de acceso entre gente situada en posiciones similares en cuanto a origen social y educación y enfrentadas a un universo similar de oportunidades estructurales" (Feldman y Murnis 2000: 3).

En otro orden de cosas, el propio recorrido viral de las personas homosexuales incentiva la movilidad, en el sentido geográfico: las migraciones internas y externas, la "des-socialización", etc.

Por último, como explica Michael Pollak (1993:191), "la concentración de homosexuales en ciertas categorías socioprofesionales no tiene nada que ver con la mitología de la sensibilidad natural, de los dotes artísticos innatos, de una especie de inteligencia o brillo particulares. Es la lógica social y la lógica del medio que fabrican esta intrusión de las estrategias sexuales en la carrera profesional. Y la sensibilidad específicamente homosexual refleja ante todo una lucidez proveniente del juego permanente de roles, de la toma de distancia respecto de sí en respuesta una exclusión siempre sentida, pero nunca pronunciada".

Dicho en pocas palabras, a partir de estos elementos, sugerimos la idea de investigar hasta qué punto el modo de vivir la sexualidad y los sentimientos amorosos en las personas homosexuales constituye una variable importante para comprender la movilidad social horizontal y vertical de tales personas.

5) *El desarrollo de un movimiento sociopolítico gay y la aparición del sida comenzaron a romper las fronteras entre los mundos.*

Según nuestro análisis, la estructuración y los límites de los mundos descritos más arriba dependen de la vigencia del sistema hipócrita del estándar doble respecto de la homosexualidad. Ahora bien, como vimos, tal sistema enfrenta una crisis, acelerada por dos factores: el desarrollo de un movimiento social de minorías sexuales y la epidemia de sida.

No tenemos espacio para describir la historia, estrategias y objetivos del movimiento de minorías sexuales (Bernstein, 1997; Adam et al., 1999; Pecheny 2000a). Sólo nos interesa señalar que este movimiento plantea la visibilidad como un objetivo y un medio político, que echa por tierra el lugar de discreción tradicionalmente atribuido a los homosexuales.

El movimiento de minorías sexuales redefine el sentimiento de vergüenza o indiferencia en términos positivos, incluso de "orgullo". Un argumento central del movimiento gay a favor de la visibilidad es que si todos los homosexuales se dieran a conocer como tales, se pasaría un umbral a partir del cual el sistema hipócrita se volvería insostenible. Este movimiento permitiría banalizar la diferencia sexual, constituyendo así un principio de aceptación efectiva.

El análisis de la situación política de las minorías sexuales nos permite

presentar algunas modalidades de la dialéctica que existe entre lo privado y lo público. Esta dialéctica implica la redefinición de los límites entre dichos ámbitos, la cual permite a su vez la transformación pública y política de las relaciones privadas e íntimas.

Como se sabe, socialistas y feministas han criticado las relaciones de dominación inherentes a la división liberal de la sociedad en un ámbito público y uno privado. Tales críticas señalan correctamente que, en un sistema capitalista y patriarcal, la igualdad política se monta sobre una estructura social basada en la opresión entre las clases y entre los sexos. Sin embargo, la división entre lo público y lo privado no sirvió únicamente para cristalizar relaciones de dominación. En efecto, la evolución histórica y social sigue una dialéctica conflictiva, susceptible de expresarse a través de las oposiciones entre derechos, y entre sujetos de derechos. Tales antagonismos permiten, de manera contingente, tanto la reproducción como la transformación pública de las relaciones sociales privadas. En este sentido, la legitimidad pública basada en la igualdad de derechos juega un papel de referente crítico respecto del cual la realidad desigual puede ser puesta en cuestión.

En las sociedades modernas, un conjunto de aspectos fundamentales de la vida, entre ellos la sexualidad, se consideran legítimamente protegidos de la mirada pública y por ello exclusivos del ámbito privado-íntimo. Ahora bien, junto con otros factores, fue la lucha contra el sida la que permitió incorporar a la agenda política la discusión de algunos de esos aspectos que, en tiempos normales, permanecen invisibles y de los cuales no se habla públicamente. Este fenómeno muestra en qué medida las prácticas y las relaciones sociales privadas, que son consideradas como no problemáticas porque son invisibles, pueden ser cuestionadas cuando se convierten en objeto de debate y decisión colectivos.

En este sentido, el movimiento de politización presupone la desnaturalización de las relaciones entre e intra géneros, es decir el reconocimiento de su carácter social e históricamente construido,⁷ e implica la ruptura del orden hipócrita tributario de la demarcación entre público y privado.

⁷ La similitud de los argumentos invocados, ayer y hoy, para discriminar a las mujeres y a los homosexuales, es notable: la naturaleza biológica, la moral, el interés de los niños, la educación de la juventud, la preservación del orden social... En los dos casos, lo que cuenta no es la diferencia en sí misma, sino el juicio efectuado sobre ella en nombre de lo que la sociedad juzga deseable o aceptable en un momento dado, según alguna concepción determinada de la normalidad. Por ello, las mujeres pudieron reivindicar con éxito los mismos derechos que los hombres recién a partir del momento en que se desplazó la frontera entre lo considerado nor-

Una "salida del placard" obligada, tanto en términos individuales como colectivos, se produjo por la epidemia del sida. Por diversas razones, el sida obligó a numerosos homosexuales que viven con el VIH/sida a develar su sexualidad, que hasta entonces se encontraba protegida por los límites del espacio íntimo (Sontag 1990:112-113). Un fenómeno similar tuvo lugar a escala social, ya que desde la epidemia del sida la homosexualidad se convirtió en un tema del cual se habla en los medios de comunicación y en las instancias gubernamentales. A partir del sida y de la luz que éste aportó a las formas ocultas de sexualidad, algunos límites implícitos y explícitos de protección recíproca entre los homosexuales y su entorno no-homosexual se desdibujaron.

El sida contribuyó a que temas invisibles y de los que no se habla públicamente, como la homosexualidad (o la sexualidad, simplemente) no sólo sean ineludibles de las agendas públicas, sino que se vuelvan necesarios. La visibilización de la homosexualidad y de los homosexuales que aportó la aparición del sida ha tenido como efecto el resquebrajamiento de ese orden hipócrita del que hablábamos antes, así como la catalización de la organización homosexual, de la demanda de derechos y de la discusión pública del tema.

La experiencia del sida creó así, paradójicamente, un contexto que alentó la redefinición del estatus subordinado de la homosexualidad como práctica estigmatizada y relegada al ámbito privado de la discreción, acelerando el ingreso del tema de la discriminación y de los derechos de las minorías sexuales a la escena pública. El sida hizo hablar públicamente de diversas formas de sexualidad, no sólo en términos de relaciones sexuales, sino también en términos de amor, de manifestaciones públicas del amor, de derechos sociales y de derechos de ciudadanía. En particular, la epidemia del sida aceleró el debate sobre el estatus jurídico y sobre la protección social de las parejas no casadas y de las parejas homosexuales.

mal y anormal, y las discriminaciones aparecieron como arbitrarias y ya no más como naturales. Del mismo modo, la reivindicación de derechos equivalentes para todos los individuos sin distinción de su orientación sexual no podrá ser satisfecha mientras la homosexualidad siga apareciendo como anormal respecto de una heterosexualidad considerada como la única sexualidad natural.

En última instancia, la politización de la sexualidad persigue el fin de garantizar el respeto de la vida íntima libremente elegida. Si se tiene en cuenta que la definición del estatus social de la homosexualidad concierne el reconocimiento de los individuos como seres autónomos, el análisis de esta relación entre privado y público nos autoriza a situar las problemáticas sexuales en el plano de la ciudadanía.

La aceptación de la homosexualidad (como la de la anticoncepción y el aborto) supone la legitimidad de la disociación entre sexo y procreación. La propia noción de derechos sexuales implica el reconocimiento del valor de la sexualidad para la realización personal, independientemente del fin reproductivo al cual puede estar asociada. Dicho de otra manera, la autonomía individual, determinada en parte por la libre disposición del cuerpo, es una condición necesaria para hablar de una verdadera ciudadanía hecha de responsabilidades y de derechos.

La epidemia de sida puso al descubierto la brecha entre la igualdad formalmente declarada y la realidad de los derechos de los homosexuales. Al mismo tiempo, las reacciones frente a la epidemia catalizaron la voluntad de transformar tal estado de cosas. La defensa de la salud, un valor compartido universalmente, aparece así como un vector de legitimación de derechos humanos. Del mismo modo que la reivindicación de salud reproductiva permite legitimar algunos derechos de las mujeres, la lucha contra el sida lo hace respecto de los derechos de las minorías sexuales.

La noción de derechos y responsabilidades presupone el reconocimiento de individuos autónomos. A la manera del principio clásico de la ciudadanía, si el Estado exige de los individuos una parte de responsabilidades y obligaciones hacia la comunidad, ello se hace en contrapartida de la garantía de los derechos de cada uno. Los derechos y las responsabilidades en materia sexual y reproductiva apoyan así la idea de ciudadanía sexuada, es decir una ciudadanía que reconoce la diferencia sexual y la legitimidad de las distintas orientaciones sexuales.

Referencias bibliográficas

- ADAM, Barry, DUYVENDAK, B. y KROUWEL, A. (eds.): *The Global Emergence of Gay and Lesbian Politics. National Imprints of a Worldwide Movement*, Filadelfia, Temple University Press, 1999.
- ALTMAN, Dennis: *Power and Community. Organizational and Cultural Responses to AIDS*, Londres, Taylor & Francis, 1994.
- BAYER, Ronald: *Private Acts, Social Consequences: AIDS and the Politics of Public Health*, Nueva York, Free Press, 1989.
- BERNSTEIN, Mary: "Celebration and Suppression: The Strategic Uses of Identity by the Lesbian and Gay Movement", en *American Journal of Sociology*, Vol. 103, N° 3, noviembre de 1997, págs. 531-565.
- BOURDIEU, Pierre: "Quelques questions sur le mouvement gai et lesbien", en *La domination masculine*, París, Seuil, 1998, págs. 129-134.
- BUTLER, Judith: "Imitation and Gender Insubordination", en ABELOVE Henri, AINA BARALE, Michele y HALPERIN, David M. (eds.): *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993, págs. 307-320 (Art. orig. 1991).
- CHAUNCEY, George: *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World 1890-1940*, Nueva York, Basic Books, 1994.
- D'EMILIO, John: *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States 1940-1970*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1983.
- DOVER, Kenneth J.: *Homosexualité grecque*, Grenoble, La Pensée Sauvage, 1982.
- FELDMAN, Silvio y MURMIS, Miguel: "Algunas discusiones teórico metodológicas", mimeo, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2000.
- FOUCAULT, Michel: *Histoire de la sexualité 1. La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1993.
- GAYS POR LOS DERECHOS CIVILES: *Violaciones de Derechos Humanos y Civiles en la República Argentina basadas en la orientación sexual de las personas y de las personas viviendo con VIH/SIDA. Tercera Edición. Corregida y Actualizada*, Buenos Aires, mimeo, diciembre de 1995.
- GOFFMAN, Erving: *Stigmaté. Les usages sociaux des handicaps*, París, Editions de Minuit, 1989.
- GREEN, Gill: "Attitudes toward people with HIV: Are they as stigmatizing as people with HIV perceive them to be?", *Social Science and Medicine*, vol. XLI, N° 4, 1995, págs. 557-568.
- HABERMAS, Jürgen: "Desarrollo de la moral e identidad del yo" (1971), en *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1985, págs. 57-83.
- JAUREGUI, Carlos L.: *La homosexualidad en la Argentina*, Buenos Aires, Tarso, 1987.

KAPLAN, Morris B.: *Sexual Justice: Democratic Citizenship and the Politics of Desire*, Nueva York y Londres, Routledge, 1997.

KORNBLIT, Ana Lía, PECHENY, Mario y VUJOSEVICH, Jorge: *Gays y lesbianas: Formación de la identidad y derechos humanos*, Buenos Aires, La Colmena, 1998.

KOSOFSKY-SEDGWICK, Eve: "Epistemology of the Closet", en ABELOVE, Henri, AINA BARALE, Michele, HALPERIN, David M. (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993, págs. 45-61.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.

PECHENY, Mario: *La construction de l'avortement et du sida en tant que questions politiques: le cas de l'Argentine*, Lille Presses Universitaires du Septentrion, 2000 a.

———: "La salud como vector del reconocimiento de derechos humanos: la epidemia de sida y el reconocimiento de los derechos de las minorías sexuales", en Domínguez Mon, A., Federico, A. Findling, L. y Mendes Diz, A., *La salud en crisis. Una mirada desde las ciencias sociales*, Buenos Aires, págs. 199-215, 2000b.

PECHENY, Mario, VUJOSEVICH, Jorge y KORNBLIT, Ana Lía: "Discriminación basada en la orientación sexual: un problema de derechos humanos", en CELS, *Informe anual sobre la situación de los Derechos Humanos en la Argentina*. 1996, Buenos Aires, Publicación del CELS, 1997, págs. 323-340.

PERLONGHER, Néstor, "La represión del homosexual en Argentina", *Cerdos y Peces - El Porteño*, N° 22, Buenos Aires, octubre de 1983, págs. 8-9 y N° 24, diciembre de 1983, pág. 16.

PLUMMER, Kenneth, (ed.): *The Making of the Modern Homosexual*, Londres, Hutchinson, 1981.

PLUMMER, Kenneth: *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Works*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.

POLLAK, Michael: *Une identité blessée. Etudes de sociologie et d'histoire*, París, Métailié, 1993.

———: *Les homosexuels et le sida. Sociologie d'une épidémie*, París, Métailié, 1988.

SALESSI, Jorge, *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. Buenos Aires: 1871-1914*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1995.

SCHILTZ, Marie-Ange: "Les homosexuels séropositifs: trois années d'enquêtes", en DUROUSSY, Michèle (ed.): *Les personnes atteintes: des recherches sur leur vie quotidienne et sociale*, París, ANRS, octubre de 1994, pág. 41-51.

SEBRELI, Juan José: "Historia secreta de los homosexuales de Buenos Aires", en *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, pág. 275-370.

SIVORI, Horacio: "Locas, chongos y gays. Autoría y autoridad de género en el habla homosexual", Congreso Argentino de Antropología Social, Mar del Plata, septiembre del 2000.

———: *Rehearsing Morality at the Margins. Contexts of Gay Interaction in a Provincial City of Argentina*, Master of Arts. Department of Anthropology, New York University, Nueva York, 1994.

SONTAG, Susan: *Illness as Metaphor / AIDS and Its Metaphors*, NY, Anchor Books, 1990.

SULLIVAN, Andrew: *Virtually Normal. An Argument about Homosexuality*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1995.

VUJOSEVICH, Jorge, PECHENY, Mario y KORNBLIT, Ana Lía: "La homofobia en la Ciudad de Buenos Aires", *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, Vol. 43, N° 3, Buenos Aires, septiembre de 1997, págs. 212-221.

WEEKS, Jeffrey: "History, Desire and Identities", en PARKER, R. y GAGNON, H. (eds.), *Conceiving Sexuality*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995.

ZEMPLENI, Andras: "Secret et sujétion. Pourquoi ses 'informateurs' parlent-ils à l'ethnologue?", *Traverses*, N° 30-31, 1984, págs. 102-115.